

Nación, migración, identidad.

Sobre el transnacionalismo a propósito de Puerto Rico

A medida que los puertorriqueños se mudan constantemente entre la Isla y el continente norteamericano, las definiciones territoriales de la identidad nacional se hacen menos pertinentes, mientras que las identidades transnacionales cobran mayor importancia. Bajo tales condiciones vale la pena preguntarse por el significado de la identidad nacional en un contexto transnacional. ¿Dónde se localiza el sentido de pertenencia?; ¿cómo se articula y representa?; ¿quién lo imagina y desde qué punto de vista?; ¿cómo puede un pueblo definirse como una nación sin aspirar a un Estado aparte?

Jorge Duany

Una nación sin Estado

Puerto Rico ocupa un lugar peculiar entre los países latinoamericanos y caribeños. Como una de las dos colonias españolas más antiguas en el Nuevo Mundo (junto con Cuba), Puerto Rico experimentó el periodo más largo de

Jorge Duany: catedrático de Antropología, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Su próximo libro se titula *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States* (2002).

Nota: Este artículo es una versión abreviada y traducida de una ponencia presentada en el Programa de Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago el 2 de noviembre de 2001, y en el Departamento de Sociología y Antropología de Swarthmore College el 30 de noviembre de 2001. Agradezco a Robin Derby, Yarimar Bonilla y Raquel Romberg su amable invitación para presentar este trabajo; y a Miguel Díaz-Barriga, Braulio Muñoz, Dain Borges y Emilio Kourí sus incisivos comentarios y sugerencias.

Palabras clave: transnacionalismo, nacionalismo, diáspora, identidad, Puerto Rico.

dominio hispánico en la región. El 25 de julio de 1898, sin embargo, las tropas norteamericanas invadieron la Isla durante la Guerra Hispanocubanoamericana. En 1901, la Corte Suprema de Estados Unidos definió a Puerto Rico con un oxímoron legal, como un país «extranjero en un sentido doméstico», porque no era ni un estado de la Unión ni una república soberana (Burnett/Marshall). En 1917, el Congreso le otorgó la ciudadanía norteamericana a todas las personas nacidas en la Isla, pero no cambió su condición de territorio no incorporado de EEUU. En 1952, Puerto Rico se convirtió en un Estado Libre Asociado con poderes limitados sobre asuntos locales, tales como impuestos, educación, salud, vivienda, cultura e idioma. No obstante, el Gobierno Federal de EEUU retiene jurisdicción en la mayoría de los asuntos de Estado, incluyendo inmigración, ciudadanía, aduana, defensa, moneda, transporte, comunicación y comercio exterior. Hoy en día, el electorado insular está prácticamente dividido por la mitad entre los que apoyan el Estado Libre Asociado y quienes prefieren que la Isla se convierta en el estado 51 de la Unión; solo una pequeña minoría vota por la independencia.

Para la mayoría de los observadores, Puerto Rico sigue siendo una colonia, en el sentido de estar subordinado política y económicamente a un país extranjero. Como posesión ultramarina de EEUU, ha estado expuesto a una intensa penetración de capital, mercancías, leyes y costumbres norteamericanas, sin paralelo en otros países latinoamericanos. Aun así, los puertorriqueños demuestran una identidad cultural más robusta que la mayoría de los pueblos caribeños, incluyendo los que disfrutaban de independencia política. A principios del siglo XXI, Puerto Rico presenta la aparente paradoja de una nación sin Estado que aún no se ha asimilado a la cultura norteamericana. Tras más de 100 años de colonialismo, sigue siendo una nación hispanohablante y afroantillana.

Además de su dilema colonial no resuelto, Puerto Rico es cada vez más una nación en vaivén: un país cuyos bordes son cruzados incesantemente por migrantes que van y vienen. Desde 1940, más de un millón y medio de pobladores se han mudado a EEUU continental. En 2000, casi la mitad de todos los puertorriqueños vivía en el Norte –3,4 millones de personas allá, comparadas con 3,8 millones de personas acá. De seguir las corrientes demográficas actuales, la mayoría de los puertorriqueños residirá fuera de la Isla en la próxima década. Al mismo tiempo, Puerto Rico ha recibido a cientos de miles de inmigrantes desde los años 60, principalmente migrantes de retorno y sus descendientes, así como ciudadanos de otros países, sobre todo la República Dominicana y Cuba. Para 1990, cerca de 9% de los residentes había nacido fuera, incluyendo a los provenientes del continente de origen puertorriqueño. Esta

combinación de éxodo prolongado, junto con un sostenido flujo de migrantes de regreso y extranjeros, hace de Puerto Rico un caso ejemplar de transnacionalismo. Defino este último término ampliamente como el mantenimiento de lazos sociales, económicos, culturales y políticos a través de fronteras nacionales, aunque éstas no coincidan necesariamente con las líneas divisorias entre Estados (v. Basch et al.; Schiller et al.). Pocos países de la región caribeña –o del mundo– han experimentado desplazamientos poblacionales tan masivos en tan poco tiempo. La diversidad de los orígenes y destinos de los migrantes socava las premisas ideológicas de los discursos tradicionales de la nación, basados en la ecuación entre territorio, lugar de nacimiento, ciudadanía, idioma, cultura e identidad.

Los estudios recientes sobre cultura y política en Puerto Rico se han enfocado en el debilitamiento del nacionalismo político, el auge del nacionalismo cultural y la continua migración entre la Isla y el continente (Alvarez-Curbelo/

Los desplazamientos masivos entre la Isla y el continente complican cualquier asociación fácil entre lugares de origen, residencia y orientación

Rodríguez Castro; Dávila; Kerkhof; Morris; Negrón-Muntaner/Grosfoguel; Rivera; Torre et al.). Desgraciadamente, pocos estudiosos han establecido una conexión explícita entre estos fenómenos tan vinculados entre sí. Por ejemplo, la mayoría de los puertorriqueños valora la ciudadanía norteamericana y la libertad de movimiento que ésta les ofrece, especialmente el acceso sin restricciones a EEUU continental. Al

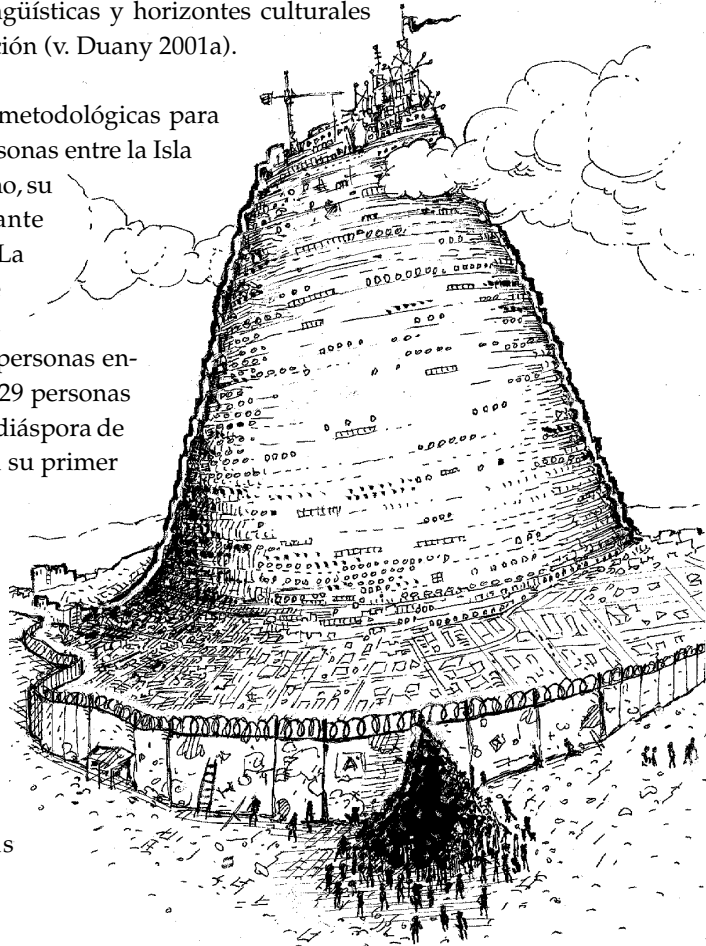
mismo tiempo, la ciudadanía compartida tiende a borrar las distinciones jurídicas entre los que viven en su país de origen y en la diáspora. Los desplazamientos masivos entre la Isla y el continente durante el último medio siglo complican cualquier asociación fácil entre lugares de origen, residencia y orientación. En particular, los modos de vida móviles de los migrantes circulares –los que van y vienen repetidamente– desafían los enfoques estáticos en torno de la identidad (Duany 2001a).

La nación en vaivén

Un término popular para describir el movimiento de ida y vuelta entre Puerto Rico y EEUU es el vaivén. Esta palabra, culturalmente densa, se refiere al constante ir y venir en que viven muchos puertorriqueños, por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial (Rodríguez). Por ejemplo, miles de trabajadores agrícolas fueron contratados para laborar por temporadas cortas en EEUU conti-

mental y luego regresar a la Isla. En este contexto, el término vaivén implica que algunas personas no permanecen en un lugar por mucho tiempo, sino que se mueven incesantemente, como el viento o las olas del mar, en respuesta a las cambiantes mareas. Más aún, la sabiduría popular sugiere que quienes ahora están aquí (en Puerto Rico), pueden mañana estar allá (en EEUU) y viceversa. De manera más ominosa, vaivén también connota incertidumbre, inconsistencia y oscilación. Algunos autores han atribuido a la circulación poblacional de los puertorriqueños toda una serie de problemas socioeconómicos, desde la ruptura de lazos familiares y la falta de apego al mercado laboral, hasta la incapacidad para desarrollar destrezas educativas y lingüísticas, pasando por la baja participación en la política electoral norteamericana (v. Chavez). Estudios recientes cuestionan esa imagen despectiva del continuo flujo migratorio en ambas direcciones. Los migrantes circulares tienden a mantener sus lazos familiares tanto en la Isla como en EEUU, mejorar su posición ocupacional a lo largo del tiempo, poseer niveles educativos superiores a los no migrantes y ampliar sus capacidades lingüísticas y horizontes culturales como resultado de la migración (v. Duany 2001a).

A pesar de las dificultades metodológicas para medir el movimiento de personas entre la Isla y el continente norteamericano, su enorme magnitud y constante fluidez son incuestionables. La Junta de Planificación de Puerto Rico (2001) estimó la emigración neta en 325.875 personas entre 1990 y 1999, contra 460.829 personas entre 1950 y 1959, cuando la diáspora de la posguerra había llegado a su primer clímax. Prácticamente, 1 de cada 13 habitantes se mudó a EEUU durante la década de los 90. Aunque el éxodo al continente se ha acelerado, la inmigración a la Isla continúa sin tregua. Entre 1990 y 1998, según estimados de la Junta (2000), Puerto Rico recibió a 144.528 migrantes de retorno. Más



***El análisis
 de la migración
 boricua
 puede arrojar luz
 sobre discusiones
 recientes en torno
 de lo local y
 lo global, lo nacional
 y lo transnacional,
 lo colonial y
 lo poscolonial,
 como sitios
 de disputa
 de las identidades***

aún, miles de personas han realizado múltiples movimientos entre la Isla y el continente. En una encuesta reciente, encontré que casi 20% de los entrevistados había vivido afuera y regresado, mientras que otro 3% había ido y vuelto por lo menos dos veces (Duany 2001a). En suma, la migración puertorriqueña contemporánea se parece más a un flujo circular o pendular, a un movimiento de «puerta giratoria», que a una relocalización unilateral e irrevocable de personas.

Esta «nación en vaivén» puede servir como una metáfora apta para las identidades fluidas e híbridas de los puertorriqueños en la Isla y en EEUU. Por eso he escogido la imagen

como título de mi próximo libro (Duany 2002), para sugerir que ninguno de los criterios tradicionales de la nacionalidad –territorio, idioma, economía, ciudadanía o soberanía– es inmutable. Todos estos criterios están sujetos a constante fluctuación e intenso debate en Puerto Rico y su diáspora, aunque el sentido de pertenecer a un pueblo aparte de EEUU ha sido extraordinariamente tenaz. Contrario a las opiniones de algunos funcionarios públicos norteamericanos y puertorriqueños, sostengo que Puerto Rico es una nación, pero una nación en vaivén. Al hacerlo, propongo redefinir la nación, no como un Estado soberano bien delimitado, sino como una comunidad translocal basada en la conciencia colectiva de una historia, un idioma y una cultura compartidas. Más aún, Puerto Rico puede considerarse como una «colonia poscolonial» en el sentido de un pueblo con una identidad nacional muy fuerte, pero con pocos deseos de convertirse en Estado-nación, dentro de un territorio que legalmente «pertenece a, pero no es parte de EEUU» (v. Flores; Rivera Ramos). La definición jurídica de la Isla, ni estado de la Unión americana ni república soberana, ha creado una situación política ambigua, problemática y controvertida por más de 100 años. Paradójicamente esta condición intersticial, en vez de debilitarla, ha fortalecido la identidad nacional boricua.

No es necesario asumir una postura esencialista para reconocer que la inmensa mayoría de los puertorriqueños –dentro y fuera de la Isla– se imagina como parte de una comunidad más amplia que satisface todos los requisitos convencionales de la nacionalidad, excepto soberanía. Los ensayos más recientes sobre la construcción y representación de la puertorriqueñidad concuerdan en su

potencia, intensidad y popularidad (Dávila; Guerra; Morris; Rivera). Desgraciadamente, la mayoría de estos estudios se ha centrado en la Isla y ha soslayado cómo las identidades se transforman y reconstruyen en la diáspora (para excepciones a esta tendencia, v. Flores; Zentella). Sin embargo, el análisis de la migración boricua puede arrojar luz sobre discusiones recientes en torno de lo local y lo global, lo nacional y lo transnacional, lo colonial y lo poscolonial, como sitios disputados de las identidades culturales. Miles de puertorriqueños han desarrollado prácticas móviles de subsistencia que incluyen a varios lugares interconectados en la Isla así como en el continente norteamericano. Los que viven fuera hablan inglés y participan en la política estadounidense, y deben incluirse en las discusiones académicas y públicas sobre el futuro de Puerto Rico. Ellos forman parte integrante de una nación en vaivén.

En los últimos años, la metáfora de Puerto Rico como nación en vaivén ha adquirido connotaciones adicionales, especialmente a raíz del movimiento de paz para Vieques. Se trata de una isla-municipio, al este de la isla, que desde los años 40 es blanco de prácticas militares por la Marina de Guerra de EEUU. Desde abril de 1999, tras la muerte accidental del guardia de seguridad David Sanes Rodríguez, grupos ciudadanos de todas las afiliaciones políticas, clases sociales y denominaciones religiosas han reclamado el fin del bombardeo, la salida de la Marina y el regreso de las tierras ocupadas por ésta a los residentes. El 29 de julio de 2001, 68,2% de los electores viequeses votó porque la Marina abandonara inmediatamente la isla. Como resultado de esta prolongada lucha pacífica, la nación puertorriqueña se ha extendido simbólicamente más allá de la «isla grande» a «la isla nena» –como se conoce afectuosamente a Vieques–, así como a Culebra y otros territorios más pequeños del archipiélago boricua. Hoy, más que nunca, resulta apropiado hablar de *las islas* de Puerto Rico, especialmente si se incluye a Nueva York en la discusión. Un acontecimiento notable ha sido la participación activa de líderes de la diáspora en el movimiento de paz para Vieques. De este modo, la identidad nacional puertorriqueña se ha movido en dos direcciones principales –una corta distancia hacia Vieques y una larga distancia a través del «gran charco» del Océano Atlántico hasta el continente norteamericano. Por el momento, el discurso público sobre la nación se ha expandido más allá de los límites territoriales y las diferencias políticas tradicionales.

La nación en la diáspora

Dos preguntas básicas guían mi reflexión sobre la relación entre nación y migración en Puerto Rico. Primero, ¿cómo puede la mayoría de los puertorrique-

ños imaginarse como una nación, aunque muy pocos de ellos apoyen la creación de un nuevo Estado nacional? Abordo esta cuestión haciendo una distinción cuidadosa entre nacionalismo político –basado en la doctrina de que todo pueblo debe tener su propio gobierno soberano– y nacionalismo cultural –basado en la afirmación de la autonomía moral y espiritual de cada pueblo (v. Hutchinson). Mientras el nacionalismo político proclama la necesidad de Estados independientes, el nacionalismo cultural puede reconciliarse con varias formas de autodeterminación, como la libre asociación. Mientras la primera es una posición minoritaria en el Puerto Rico actual, la última es la ideología dominante del gobierno del Estado Libre Asociado, la elite intelectual y numerosas instituciones culturales en la Isla así como en la diáspora. La mayoría de los puertorriqueños hoy en día insiste en que pertenece a una nación aparte –validada a través de su participación ritual en despliegues internacionales de nacionalidad como las Olimpiadas y el concurso de Miss Universo. Al mismo tiempo, casi todos desean mantener su ciudadanía norteamericana, de manera que distinguen claramente entre el sentido legal y cultural de la nacionalidad, separando así el apareamiento que supone el propio término «Estado-nación».

Segundo, ¿cuál es el impacto cultural del éxodo masivo de puertorriqueños en las últimas cinco décadas? Sostengo que las comunidades diaspóricas forman parte de la nación puertorriqueña porque siguen vinculadas a la Isla mediante una intensa y frecuente circulación de personas, identidades y prácticas, así como capitales, tecnologías y mercancías. Por lo tanto, la nación puertorriqueña ya no puede circunscribirse a la Isla, ya que está constituida por dos fragmentos distintos pero densamente entretnejidos: el de Puerto Rico propiamente y el de las comunidades diaspóricas asentadas en EEUU continental. Las múltiples implicaciones de esta profunda dispersión territorial sobre las expresiones populares del nacionalismo, particularmente el nacionalismo cultural, aún no se han explorado cabalmente.

En mi libro de próxima publicación trazo el desarrollo de emblemas populares de puertorriqueñidad (tales como el jíbaro, el pequeño campesino de subsistencia) en la Isla y en la diáspora. Como resultado de la migración a gran escala, las imágenes más difundidas de la identidad nacional se han desterritorializado y transnacionalizado. Por ejemplo, la pava, el sombrero de paja típico del jíbaro, se despliega constantemente como un icono visual de puertorriqueñidad en EEUU, con frecuencia junto a la bandera monoestrellada. La pava resurge en los lugares más improbables, como las escuelas públicas de Brooklyn, los festivales folclóricos del Parque Central, el Desfile Puertorriqueño a lo largo de la Quinta Avenida en Nueva York y las exhibiciones etnográficas en el venera-

ble museo del Smithsonian en Washington, D.C. Otro ejemplo notable es la construcción de las casitas, pequeñas estructuras de madera que recuerdan las viviendas rurales de la Isla, en los terrenos abandonados del sur del Bronx y el Lower East Side de Manhattan (Aponte-Parés). Las casitas representan la reinención de una época pasada y un lugar idílico, rememorados nostálgicamente como una densa comunidad de parientes, amigos, vecinos y paisanos, antes de la llegada de la industrialización, la urbanización y la migración.

La diáspora ha movilizado los conceptos tradicionales de nación, cultura, idioma y territorio. Los movimientos poblacionales a través de divisiones geopolíticas han debilitado el nacionalismo político y ensanchado las identidades culturales en muchos países (Basch et al.). En Puerto Rico, cinco décadas de emigración ininterrumpida han desdibujado las fronteras territoriales y lingüísticas de la cultura nacional. Más aún, la extensión de la ciudadanía norteamericana a la Isla desde 1917 ha socavado las bases jurídicas para afirmar una identidad separada de EEUU (Rivera Ramos). Aunque los puertorriqueños carecen de su propia ciudadanía, poseen una conciencia muy clara de su afiliación colectiva. Cualquier definición futura de la condición política de la Isla tendrá que tomar en cuenta la creciente fuerza del nacionalismo cultural, así como la continua dispersión física de la gente a través de la diáspora.

***La diáspora
ha movilizado
los conceptos
tradicionales
de nación,
cultura,
idioma
y territorio***

Del colonialismo al transnacionalismo

El surgimiento del nacionalismo cultural de los puertorriqueños es sorprendente dada la larga historia colonial. Durante la primera mitad del siglo xx, el discurso colonial norteamericano negó sistemáticamente la existencia de una nacionalidad puertorriqueña. Parte de la lógica del gobierno de EEUU al ocupar la Isla fue precisamente su supuesta incapacidad para el gobierno propio y la ausencia de una identidad cultural bien definida (Thompson 1995). Para la mayoría de los funcionarios públicos norteamericanos, así como para numerosos viajeros, periodistas y estudiosos, Puerto Rico no estaba listo para la independencia después de 1898. Sus habitantes fueron retratados con frecuencia como seres inferiores racial y culturalmente a los colonizadores anglosajones en las ferias mundiales y exhibiciones de museos; en las cartas, diarios y libretas de los antropólogos norteamericanos; en revistas académicas y populares; en fotografías tomadas por profesionales y aficionados; y en los informes oficiales del censo. Tales formas textuales y visuales de representación proyecta-

ron una imagen paternalista de Puerto Rico como un paraíso tropical subdesarrollado, propicio para la inversión norteamericana y necesitado del tutelaje de EEUU (v. Duany 2002).

Después de la Segunda Guerra Mundial, como parte de una tendencia global hacia la descolonización, Puerto Rico obtuvo un mayor grado de autonomía de EEUU. En 1952, la gran mayoría del electorado insular apoyó el establecimiento del Estado Libre Asociado. Aunque esta fórmula autonómica no alteró los contornos básicos del colonialismo norteamericano, sí permitió la adopción del nacionalismo cultural como política estatal en la Isla. Desde mediados de la década de 1950, el Instituto de Cultura Puertorriqueña y otras agencias gubernamentales han promovido una iconografía nacionalista, basada en símbolos poderosos de la puertorriqueñidad como el idioma español, el patrimonio histórico, el jíbaro, el legado indígena y el arte popular de los santos católicos tallados en madera. Al igual que otras naciones, Puerto Rico ha elaborado su propio conjunto de mitos, memorias, ritos e imaginarios colectivos, tales como la bandera, el himno y el sello nacionales, así como la representación en eventos deportivos y concursos de belleza internacionales. Tales iconos se han difundido ampliamente en la Isla y en el continente, y han fortalecido el sentido de ser puertorriqueño a diferencia de americano. Su apego popular, sin embargo, no se ha traducido en un apoyo masivo a la independencia, ni siquiera a la libre asociación con EEUU. El nacionalismo cultural se ha divorciado prácticamente del nacionalismo político.

***Precisamente,
 a través de
 la migración
 masiva,
 los puertorriqueños
 se han convertido
 en miembros
 de una nación
 translocal o
 desterritorializada***

Al igual que otras naciones, Puerto Rico ha elaborado su propio conjunto de mitos, memorias, ritos e imaginarios colectivos, tales como la bandera, el himno y el sello nacionales, así como la representación en eventos deportivos y concursos de belleza internacionales. Tales iconos se han difundido ampliamente en la Isla y en el continente, y han fortalecido el sentido de ser puertorriqueño a diferencia de americano. Su apego popular, sin embargo, no se ha traducido en un apoyo masivo a la independencia, ni siquiera a la libre asociación con EEUU. El nacionalismo cultural se ha divorciado prácticamente del nacionalismo político.

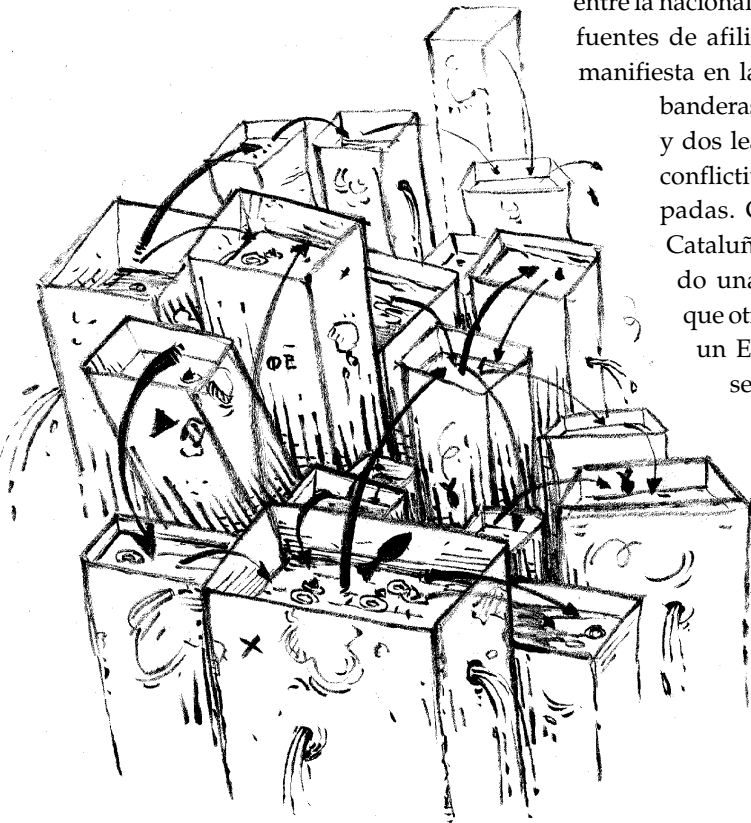
Uno de los impedimentos básicos para una ruptura radical con la condición jurídica actual de la Isla es la diáspora. Demográficamente Puerto Rico es una nación dividida, casi la mitad de sus miembros vive fuera del «territorio nacional». Desde principios del siglo xx, el gobierno insular auspició la emigración, primero a Hawai y otros países caribeños y luego hacia el continente norteamericano, como una válvula de escape para la sobrepoblación y el desempleo. Durante los años 40 y 50, los funcionarios públicos concibieron a los puertorriqueños en EEUU como «ciudadanos migrantes» que requerían asistencia, orientación y organización. Por décadas, los dirigentes del Estado Libre Asociado trataron a la comunidad puertorriqueña en el exterior como una extensión simbólica de la cultura insular, más que una entidad independiente con características propias. A su vez, los grupos comunitarios de la diáspora construyeron su

Uno de los impedimentos básicos para una ruptura radical con la condición jurídica actual de la Isla es la diáspora. Demográficamente Puerto Rico es una nación dividida, casi la mitad de sus miembros vive fuera del «territorio nacional». Desde principios del siglo xx, el gobierno insular auspició la emigración, primero a Hawai y otros países caribeños y luego hacia el continente norteamericano, como una válvula de escape para la sobrepoblación y el desempleo. Durante los años 40 y 50, los funcionarios públicos concibieron a los puertorriqueños en EEUU como «ciudadanos migrantes» que requerían asistencia, orientación y organización. Por décadas, los dirigentes del Estado Libre Asociado trataron a la comunidad puertorriqueña en el exterior como una extensión simbólica de la cultura insular, más que una entidad independiente con características propias. A su vez, los grupos comunitarios de la diáspora construyeron su

identidad primordialmente como puertorriqueña, aunque no aceptaron del todo el discurso tradicional de la puertorriqueñidad, especialmente su definición excluyente de la nación en términos lingüísticos y territoriales. Los que se mueven frecuentemente entre la Isla y el continente tienden a ser bilingües y biculturales, así como a ceñirse menos a una residencia permanente en uno u otro lugar, pero se sienten tan boricuas como los que nunca han emigrado de su país.

Mientras que el nacionalismo político ha decaído en la Isla, el nacionalismo cultural ha calado hondamente. A través de un amplio espectro de clases sociales, ideologías políticas y grupos raciales, la inmensa mayoría de los habitantes se identifica principalmente como puertorriqueños, no como caribeños, hispanos, latinos o americanos, a pesar de que reconocen los beneficios materiales y simbólicos de la ciudadanía norteamericana, tales como el acceso a programas sociales y derechos civiles garantizados por el Gobierno Federal (Morris; Rivera). A lo largo de este ensayo, he argumentado que los puertorriqueños afirman una recia identidad nacional, aunque pocos favorezcan la independencia para su país de origen. En su vida diaria, muchos experimentan una profunda fisura

entre la nacionalidad y la ciudadanía como fuentes de afiliación colectiva, según se manifiesta en la disyuntiva de tener dos banderas, dos himnos, dos idiomas y dos lealtades divididas, a veces conflictivas, frecuentemente solapadas. Como Québec, Escocia o Cataluña, Puerto Rico sigue siendo una nación sin Estado, más que otra minoría étnica dentro de un Estado imperial. Como ha señalado el historiador César Ayala (carta al autor, 11/3/2001), el caso puertorriqueño sugiere que «la idea de la nación debe entenderse no como un Estado nacional organizado territorialmente, sino como un nuevo fenómeno translocal».



Precisamente, a través de la migración masiva, los puertorriqueños se han convertido en miembros de una nación translocal o desterritorializada «cuyos bordes fluctúan entre el archipiélago de Puerto Rico y su diáspora en EEUU» (Laó, p. 171; traducción mía). Entre los inmigrantes latinoamericanos más recientes en EEUU, incluyendo mexicanos, cubanos y dominicanos, solo los puertorriqueños insisten en llamarse simplemente puertorriqueños, en vez de puertorriqueños-americanos, ese término híbrido que muy pocos utilizan para designarse a sí mismos. Este dato habla mucho del persistente reclamo de una identidad basada en el origen nacional y del rechazo enfático de la etnicidad como modelo de asimilación semejante a la de otros grupos de inmigrantes (como los irlandeses americanos o los judíos americanos). Muchas representaciones contemporáneas de la puertorriqueñidad en EEUU son visiones profundamente diaspóricas desarrolladas a partir de un nacionalismo a larga distancia, como lo llama Anderson (1992). A diferencia de Estados nacionales bien establecidos, Puerto Rico no puede imaginarse desde un lugar fijo como una comunidad soberana, atada exclusivamente a un solo territorio o una sola lengua, ni caracterizada por un sentido de profunda camaradería horizontal (Anderson, 1991). Más bien, es un país escindido geográfica, política, lingüística y culturalmente entre la Isla y su diáspora. Hoy en día, pocos puertorriqueños pueden imaginar su nación aparte de alguna forma de asociación permanente con EEUU, ya sea como estado de la Unión, como Estado Libre Asociado culminado o como república asociada.

¿El caso puertorriqueño es único o sugiere «lecciones» más amplias? Indudablemente, la Isla es una de las pocas colonias en el mundo actual. En América Latina, Puerto Rico es el único país (con la excepción parcial de Cuba) que no organizó un movimiento de liberación nacional exitoso contra España, su antigua metrópoli. Incluso en su contexto caribeño inmediato, la dependencia insular de EEUU resulta anómala a partir del movimiento de descolonización iniciado en la región desde la década de 1960. A diferencia de otras partes del mundo (pienso en Europa del Este o el Medio Oriente), donde el nacionalismo político y el separatismo étnico han resurgido con enorme vitalidad, Puerto Rico ha experimentado una creciente integración económica y política con su metrópoli actual. Comparada con otras diásporas latinoamericanas y caribeñas, a primera vista la boricua parece excepcional porque tiene lugar dentro de las fronteras geopolíticas de EEUU.

Al mismo tiempo, el dilema puertorriqueño resuena con las luchas de otros pueblos sometidos. La condición colonial de la Isla sugiere comparaciones con otros territorios dependientes del Caribe, como las Antillas holandesas y fran-

cesas, y del Pacífico, como Guam y la Samoa americana. Desde 1898, los discursos coloniales sobre Puerto Rico se desarrollaron bajo el marco del «archipiélago imperial» norteamericano, incluyendo a Cuba, las Filipinas y Hawai (Thompson 1998). Además, las imágenes americanas de los puertorriqueños como «los otros» compartían buena parte de la «retórica del imperio», común al colonialismo británico y francés en África y Asia (Duany 2001b; Spurr). Las expresiones simbólicas de resistencia local al dominio estadounidense –tales como la afirmación de una «personalidad» puertorriqueña, independientemente de la continua penetración política y económica de EEUU, o la supuesta superioridad moral de los valores insulares sobre los extranjeros– son típicas de movimientos anticoloniales en el llamado Tercer Mundo (Chatterjee). Por añadidura, la creciente brecha entre el nacionalismo político y el cultural no es un fenómeno exclusivamente puertorriqueño: ha recurrido en varios momentos y lugares de la época contemporánea, como Canadá, Gran Bretaña y España (Hutchinson). Sin insinuar que Puerto Rico represente tendencias idénticas en otros países, me aventuraría a plantear que la Isla aglutina muchas fuerzas paralelas y a veces contradictorias, como el nacionalismo y el transnacionalismo, la desterritorialización y la reterritorialización, la identidad y la alteridad.

*Las comunidades
diaspóricas
frecuentemente
desarrollan
representaciones
de la identidad
diferentes
del canon
nacionalista
dominante*

Conclusión

Repensar la perseverancia de la identidad puertorriqueña contra viento y marea ofrece nuevas pistas sobre la relación entre los discursos coloniales, nacionales y transnacionales. Mi análisis sugiere que el nacionalismo político tiende a debilitarse con la constante transgresión de las fronteras nacionales mediante la migración a gran escala y el surgimiento de un nuevo tipo de nacionalismo (llamado cultural, *lite* o neonacionalismo). Las comunidades diaspóricas frecuentemente desarrollan representaciones de la identidad diferentes del canon nacionalista dominante, al subrayar sus lazos familiares, afectivos y culturales con el país de origen, más que sus límites lingüísticos y territoriales. El nacionalismo cultural puede resultar una ideología más útil que el separatismo político cuando gran parte de la población de un país se ha hecho transnacional. El nacionalismo cultural puede ayudar a adelantar los múltiples intereses económicos y políticos de varios sectores de una sociedad transnacional, tales como los intelectuales, los políticos, los empresarios y aun los trabajadores migrantes, sin necesidad de establecer un Estado aparte. De tal manera, el colonialismo, el

nacionalismo y el transnacionalismo pueden coexistir, aunque sea incómodamente, al mismo tiempo y en el mismo lugar, tal y como lo hacen en el Puerto Rico contemporáneo.

Ningún país en la historia reciente ha atravesado por un desplazamiento poblacional más prolongado y masivo que Puerto Rico. De manera parecida a Irlanda durante la segunda mitad del siglo XIX, Puerto Rico exportó casi la mitad de sus habitantes actuales a EEUU desde la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de Irlanda y otros países emisores de migrantes europeos a principios del siglo XX, la Isla ha recibido un número creciente de migrantes de retorno desde los años 60, así como un gran influjo de extranjeros procedentes de países latinoamericanos como República Dominicana, Cuba, México y Colombia. Algunos autores han planteado tal aceleración del nomadismo –una constante dislocación y relocalización de pueblos, prácticas, imaginarios e identidades– como uno de los momentos definitorios de la era global, transnacional o posmoderna (Chambers). Independientemente de cómo se le llame, representar a las naciones en vaivén resulta una tarea intelectual difícil. En mis investigaciones, he explorado algunos enfoques alternos a la relación entre nación, migración e identidad, al movilizar el objeto de análisis a través del tiempo y el espacio, así como abordándolo desde diversas perspectivas metodológicas e identificando múltiples actores sociales y posiciones ideológicas. Aunque aún falta mucho por hacer en el campo de los estudios transnacionales, queda claro que las identidades nacionales fluyen y al mismo tiempo persisten a través de muchos tipos de bordes, tanto territoriales como simbólicos.

Referencias

- Alvarez-Curbelo, Silvia y María Elena Rodríguez Castro (eds.): *Del nacionalismo al populismo: cultura y política en Puerto Rico*, Huracán, Río Piedras, 1993.
- Anderson, Benedict: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2ª ed., Verso, Londres, 1991.
- Anderson, Benedict: *Long-Distance Nationalism: World Capitalism and the Rise of Identity Politics*, Center for Asian Studies, Amsterdam, 1992.
- Aponte-Parés, Luis: «Pequeñas patrias: Appropriating Place in the American City», ponencia presentada en la Segunda Conferencia de la Asociación de Estudios Puertorriqueños, San Juan, 26-29 de septiembre de 1996.
- Basch, Linda, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton-Blanc: *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Gordon and Breach, Nueva York, 1994.
- Burnett, Christina Duffy y Burke Marshall (eds.): *Foreign in a Domestic Sense: Puerto Rico, American Expansion, and the Constitution*, Duke University Press, Durham, 2001.
- Chambers, Iain: *Migrancy, Culture, Identity*, Routledge, Londres, 1994.
- Chatterjee, Partha: *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, 2ª ed., University of Minnesota Press, Minneapolis, 1995.

- Chavez, Linda: *Out of the Barrio: Toward a New Politics of Hispanic Assimilation*, Basic Books, Nueva York, 1992.
- Dávila, Arlene M.: *Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico*, Temple University Press, Filadelfia, 1997.
- Duany, Jorge: «'Irse pa' fuera': los modos de vida móviles de los migrantes circulares entre Puerto Rico y los Estados Unidos» en *Temas: cultura, ideología, sociedad*, La Habana, 2001a, en prensa.
- Duany, Jorge: «Portraying the Other: Puerto Rican Images in Two American Photographic Collections» en *Discourse* vol. 23 N° 1, 2001b, pp. 119-153.
- Duany, Jorge: *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002, en prensa.
- Flores, Juan: *From Bomba to Hip Hop: Puerto Rican Culture and Latino Identity*, Columbia University Press, Nueva York, 2000.
- Guerra, Lillian: *Popular Expression and National Identity in Puerto Rico: The Struggle for Self, Community, and Nation*, University Press of Florida, Gainesville, 1998.
- Hutchinson, John: «Cultural Nationalism and Moral Regeneration» en John Hutchinson y Anthony D. Smith (eds.): *Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 1994, pp. 122-131.
- Junta de Planificación de Puerto Rico: «Migración de retorno en Puerto Rico» en *Informe económico al gobernador*, 1999, Junta de Planificación de Puerto Rico, San Juan, 2000, pp. 1-16.
- Junta de Planificación de Puerto Rico: «Movimiento de pasajeros entre Puerto Rico y el exterior. Años fiscales», Junta de Planificación, Programa de Planificación Económica y Social, Subprograma de Análisis Económico, San Juan, 2001, manuscrito inédito.
- Kerkhof, Erna: *Contested Belonging: Circular Migration and Puerto Rican Identity*, Universidad de Utrecht (Holanda), 2000, tesis doctoral.
- Laó, Agustín: «Islands at the Crossroads: Puerto Ricanness Traveling between the Translocal Nation and the Global City» en Frances Negrón-Muntaner y Ramón Grosfoguel (eds.): *Puerto Rican Jam: Essays on Culture and Politics*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1997, pp. 169-188.
- Morris, Nancy: *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity*, Praeger, Westport, 1995.
- Negrón-Muntaner, Frances y Ramón Grosfoguel (eds.): *Puerto Rican Jam: Essays on Culture and Politics*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1997.
- Rivera, Angel Israel: *Puerto Rico: ficción y mitología en sus alternativas de status*, Nueva Aurora, San Juan, 1996.
- Rivera Ramos, Efrén: *The Legal Construction of Identity: The Judicial and Social Legacy of American Colonialism in Puerto Rico*, American Psychological Association, Washington, D.C., 2001.
- Rodríguez, Clara E.: «Puerto Rican Circular Migration Revisited» en *Latino Studies Journal* vol. 4 N° 2, 1993, pp. 93-113.
- Schiller, Nina Glick, Linda Basch y Cristina Szanton-Blanc (eds.): *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, New York Academy of Sciences, Nueva York, 1992.
- Spurr, David: *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Duke University Press, Durham, 1993.
- Thompson, Lanny: *Nuestra isla y su gente: la construcción del «otro» puertorriqueño en «Our Islands and Their People»*, Centro de Investigaciones Sociales y Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1995.
- Thompson, Lanny: «'Estudiarlos, juzgarlos y gobernarlos': conocimiento y poder en el archipiélago imperial estadounidense» en Consuelo Naranjo, Miguel A. Puig-Samper y Luis Miguel García Mora (eds.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Doce Calles, Madrid, 1998, pp. 685-694.
- Torre, Carlos Antonio, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos (eds.): *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*, University of Puerto Rico Press, Río Piedras, 1994.
- Zentella, Ana Celia: *Growing Up Bilingual: Puerto Rican Children in New York*, Blackwell, Malden, 1997.